

sobre los hombres, su memoria era infalible, y los bosquejaba con una verdad sorprendente. También le dolía no tener á la mano sus órdenes y con especialidad sus cartas, que tan brillante luz dan sobre sus operaciones y sobre sus fundamentos, y que permiten volver á hallar su idea, ya muerto, como si aun estuviese vivo. A veces le despechaba la carencia de estos distintos documentos, aunque sin desviarle de un trabajo, que habia ya venido á ser su único recurso. No descansaba sino para dedicarse á lecturas de que eran objeto exclusivo las grandes producciones del espíritu humano. Marchand habia tenido cuidado de llevar su biblioteca de campaña, por desgracia muy reducida. Cierta dia, y cabalmente cuando se lamentaba de no tener mejor surtida biblioteca, se vió que hácia el *Northumberland* venia un buque mercante. Entonces Mr. de las Cases recordó que habia tenido la precaucion de expedir un cajon de libros para el Cabo.—Quizá es ese., dijo á Napoleon, el buque donde vienen mis libros.— Con efecto, los traia este buque, y recogido el cajon al paso, trasladado á bordo, y abierto al punto, causó al ilustre cautivo, que ya no podia tener más que goces mentales, una de aquellas pequeñas satisfacciones que en lo sucesivo iban á constituir su única ventura.

Cerca de setenta dias eran transcurridos desde que abandonaron las costas de Inglaterra, cuando al fin se encontraron vientos que soplaban del Cabo, y que en popa empujaron hácia Santa Elena. Al amanecer del 15 de octubre, y como á diez ó doce leguas de mar se divisó un alto pico rodeado todo de nubes, y era el que domina la isla de Santa Elena y tiene el nombre de pico de Diana.

Napoleon habia llegado á las puertas de su prision finalmente. A eso de medio dia se echó el ancla en la pequeña rada de *James Town*, y divisóse una costa triste, sombría, erizada de rocas, que estaban erizadas de cañones. Con diez y siete dias de anticipacion al navio almirante habian arribado la fragata *Habana* y el bergantin *Huron*, separados de la division junto á la isla de la Madera. Allí habian anunciado la próxima llegada de los prisioneros, y transmitido las órdenes de Londres, y desembarcado parte de las tropas, y la isla de aspecto ordinariamente pacífico tomó de súbito un aspecto belicoso á la aproximacion del hombre de la guerra, que estaba destinada á encerrar y á consumir bajo su cielo devorante.

La isla de Santa Elena es producto de una erupcion volcánica estallada en medio del océano Atlántico, en el hemisferio del Sur y algo delante del trópico de Capricornio. Teniendo de nueve á diez leguas de circunferencia, toda rodeada de inaccesibles costas, la isla se anuncia con rocas salientes, áridas, elevando al cielo sus negruzcas cimas, alrededor del pico de Diana que las supera á todas. Como en aquellas vastas llanuras del Océano ofrecen Santa Elena el único punto capaz de aglomerar los vapores, se fijan alrededor suyo, y así aparece siempre en el seno de nieblas. Hácia el Norte tuvo su crater el volcan padre de esta isla, á la misma falda del pico de Diana, y así muéstrase apagado, si bien con la boca abierta, al viajero que llega de Europa. De allí se desprenden muchos valles angostos, largos, paralelos, yendo á parar al mar como otros tantos arroyos destinados antes á llevar allá la lava, y formando pequeñas caletas, una de



las cuales, mas espaciosa que las otras, constituye el puerto de James Town, único abordable de la isla. Al respaldo y hácia el Sur se extienden planicies, separadas unas de otras por hondos barrancos, tajadas perpendicularmente á lo largo del mar y por consiguiente inaccesibles, y expuestas al viento del Sudeste que sopla del Cabo. Asi á la par que por los angostos valles del Norte corre un poco de agua procedente de las nubes que atrae á sí el pico de Diana, y se siente algun frescor y brota algo de verdura, hácia el respaldo opuesto las planicies vueltas al Sur se hallan constantemente barridas por un viento cálido y seco, faltas de agua y de yerba, apenas cubiertas de una vegetacion ruin y siempre inclinada por el soplo de un viento constante, y sin dar casi sombra bajo un cielo que necesitaria mucha. Tal es la isla de Santa Elena, cálida, ventosa, seca, en las planicies inclinadas hácia el Sur, algo menos árida en los valles vueltos hácia el Norte, triste por todas partes, no mal sana para el cuerpo acostumbrado á vivir en ella, si bien mortal para el alma que ha vivido en medio de los grandes espectáculos del mundo civilizado. Sobre esta roca estéril y situada á inmensas distancias de los diversos continentes, poco hubieran tenido que hacer los colonos, y efectivamente no se establecieron jamás en Santa Elena. Sin embargo, como los buques procedentes de las Indias son empujados hácia allí por los vientos del Cabo, y como el navegante despues de una larga travesia anhela pisar en suelo firme, y respirar el aire de tierra, y ver la verdura, y saborear algunas frutas, y gustar algunos alimentos frescos, los convoyes de la Compañia de las Indias se paran allí de buen gra-

do, como en una hosteria situada en medio del Océano para ellos. Asi entre los cuatro mil habitantes de Santa Elena, de los cuales tres mil ocupan el pequeño puerto de James Town, no se ha desarrollado mas que una industria, consistente en criar algun ganado procedente del Cabo, en cultivar algunas frutas y algunas legumbres, y allí no hay mas que un placer en el curso del año, el que se experimenta cuando, al volver del extremo Oriente á Europa se detienen allí un instante los convoyes para descansar y para refrescarse, placer que pagan con un poco de dinero ganado en Asia. Tal es el lugar adonde Napoleon iba á terminar su existencia. De vuelta ó de ida siempre es una alegría la llegada para los navegantes. Quizá por vez primera no se experimentó á bordo del *Northumberland* un sentimiento de esta clase, á lo menos entre los ilustres pasajeros, á quienes acababa de transportar á aquel punto. Su sentimiento fué el de prisioneros que ven la puerta de la cárcel próxima á cerrarse para siempre detrás de ellos. Toda la poblacion de la isla se hallaba agrupada en el muelle, y hubiera compuesto una muchedumbre, si por su número mereciera este nombre. Napoleon subió al puente, y con tristeza miró aquella mansion escueta y negruzca, donde se iba á sepultar vivo. No manifestó deseo ninguno, y almirante dejó el cuidado de fijar el momento de saltar en tierra, y el punto donde habia de residir provisionalmente. El almirante apresuróse á abandonar su navio, para ir á buscar un apeadero, donde Napoleon pudiese hacer morada, interin se le preparaba su establecimiento definitivo. Dos dias gastó el almirante en atender á esta necesidad, y



excusándose de la tardanza volvió á anunciar á Napoleón el hallazgo de una casa pequeña, aunque suficiente, donde podría gozar al punto del placer de estar en tierra. Napoleón salió del *Nor-thumberland* el 17 de octubre, con sentimiento de la tripulación, á la cual dió gracias por las atenciones de que habia sido objeto. Llegado á la pequeña casa que le habia elegido el almirante, de tal modo hallóla expuesta á la curiosidad de los moradores, que por imposible tuvo permanecer allí mas de uno ó dos dias. El almirante le prometió ocuparse desde el dia siguiente en ver de hallar otra mejor situada, y donde estuviese á cubierto de las miradas de los curiosos.

Una habitacion existia donde Napoleón se hallara cómodamente establecido, y era la de *Plantation House*, lindo palacio destinado al gobernador de la isla, situado en un valle fresco y frondoso, porque se abria á la parte del Norte, y á la ventaja del sitio juntaba una construccion elegante y suficientemente espaciosa. Por poco que se respetasen las conveniencias, esta habitacion debió ser la elegida, pero por un espíritu de mezquindad inexplicable, al prestar la Compañía al Estado la isla de Santa Elena, se reservó el palacio del gobernador, y de resultas de una indolencia todavia mas incalificable, á lord Bathurst no le ocurrió ni por asomo exigirle este sacrificio. Por estas razones fué excluida de las moradas elegibles la de *Plantation House*, donde Napoleón hallara de seguida un retiro sano y decente. Sobre una de las planicies del Sur quedaba el de *Longwood*, finca de la Compañía de las Indias, que al sub-gobernador servia de residencia, y la cual podia recibir á una

veintena de amos y criados, con tal que se le añadiesen algunas construcciones. Sobradamente extensa era la planicie de *Longwood* para pasear á pie y á caballo; cubierta estaba en parte de árboles, si bien desgraciadamente de cara al Sudeste y expuesta á los vientos del Cabo. Este era un inconveniente que se debia hacer sentir con el tiempo, mas á primera vista nada presentaba desagradable la tal planicie. Además ofrecia un campamento cómodo y sano para las tropas, que sobre la morada de Napoleón habian de ejercer su vigilancia, y por último las costas, que hácia el mar la daban remate, punto menos eran que inaccesibles. Sobradas razones de preferencia habia allí para el almirante; por tanto le propuso á Napoleón aquel hospedaje, invitándole á hacer una excursion á caballo, para ver si el sitio era de su gusto. Napoleón aceptó el convite, al dia siguiente fué á *Longwood* en compañía del almirante, y viendo allí, despues de muchos meses de mar, algo de tierra y de verdura, y sobre todo una soledad en donde no le podian descubrir las miradas de los curiosos, se manifestó contento del sitio, y se avino á que se emprendieran las obras precisas para hacer aquella mansion habitable.

Al subir desde *James Town* hasta el pico de *Diana*, para dirigirse á *Longwood*, Napoleón se habia fijado sobre aquel pequeñísimo valle en un pabellon reducido, que le agradó mucho, y visitólo á la vuelta, y expresó el deseo de establecerse allí temporalmente. Su dueño era un negociante del pais y residente con su familia en una casa contigua. Solicitamente ofrecióle aquella morada, donde Napoleón se quiso hospedar sin mas dilacio-



nes. Forzoso era que se acomodase á dormir, comer y trabajar en un mismo aposento, si bien daba á un ameno valle, y tomó en buena parte este misero alojamiento, llamado *Briars* por los habitantes. No sabiendo cómo dar cabida á algunos de sus criados, se recurrió al medio de levantar junto al pabellon una tienda. El mayor inconveniente de esta morada estribaba en separar á Napoleon de sus compañeros de infortunio, los cuales para verle se hallaban obligados á hacer cotidianamente una travesía bastante larga. Sin embargo, se consiguió encontrar un albergue para Mr. de las Cases, á quien Napoleon queria tener cerca, porque á la sazón le dictaba la relacion de las campañas de Italia. Asi tenia lo indispensable, y de sus privaciones físicas no hacia el menor caso, habiéndolas sufrido mucho peores durante sus largas y terribles guerras. Verdad es que todo lo realizaban antes el peligro y la gloria, y que ahora el duro cautiverio envenenara hasta la abundancia y los placeres. ¡Ah, que sintió por vez primera á la sazón un rigor duro! Hasta el presente, emperador á bordo del *Belerosfonte*, y á bordo del *Northumberland* general en jefe, se habia podido creer libre, porque el navío era una prision flotante, en que sus propios guardadores se hallaban tan cautivos como su persona. Por consiguiente á bordo del navío *Northumberland* no se habia ejercido vigilancia alguna. Pero, ya en tierra, zozobroso á causa de su responsabilidad el almirante, no se atrevió á dar á su prisionero por cárcel la isla. Nueve ó diez leguas de circunferencia tenia á lo sumo y costas casi inabordables, solo era accesible el pequeño puerto de James Town rigorosamente custodiado, y ade-

más se hallaba rodeada de un crucero numeroso. Si Napoleon tratara de evadirse, le fuera muy arduo, particularmente en los primeros dias y antes de proporcionarse cómplices, desaparecer de pronto y hallar un bajel que le condujera á las playas americanas. Con todo, queriendo tener la certidumbre material y continua de su presencia, el almirante rodeó á *Briars* de centinelas, que no debian perder de vista á sus moradores. Bien pronto les descubrió Napoleon con sus ojos penetrantes, y aquella fué una de las impresiones mas vivas y dolorosas de su cautiverio. Animado el almirante de las mejores intenciones, al golpe echó de ver, que habiendo Napoleon pasado su vida á caballo y obligado á sus contemporáneos á pasarla de igual modo, no se podria privar de tal ejercicio, y asi proporcionóse tres caballos de silla bastante buenos, y llevados del Cabo, como todos los de la isla. Napoleon estaba pronto á servirse de ellos, pero al notar que un oficial inglés iba á poner el pie en el estribo para ir detrás de su persona, ya no quiso distraccion semejante, aun cuando para su cuerpo y su espíritu fuese muy necesaria, y al punto despidió los caballos. No obstante, al hacer la reflexion naturalisima de que el almirante seria mal recompensado de una atencion delicada, inmediatamente revocó la orden y quedóse con los caballos, aunque sin hacer uso de ellos.

Ciertos jueces han censurado á Napoleon por haber sentido padecimientos tales, ó revelado que le hacian mella. Fácil y llano es hablar de los males agenos y enseñar cómo deberían ser sobrellevados. A mí la vista del padecimiento ageno me aflige hondamente y no sé censurar á los que pa-



decen de ningún modo, ni tendría valor para indagar si tal día y á tal hora nobles víctimas atormentadas por el dolor perdieron la actitud impasible que se desearia imponerles de plano. No conozco víctimas mas patéticas que Pío VII, Luis XVI y María Antonieta, y tal instante hay que yo deseara suprimir de su cruel agonía. No es bueno para visto en las convulsiones del dolor físico el cuerpo humano. Tampoco es mejor de ver el alma humana en ciertos instantes del dolor moral, y sobre ella conviene echar el velo de una compasión respetuosa. Si Napoleon fuera un anacoreta cristiano, se le pudiera decir sin duda:—Doblad la cabeza bajo la bofetada de los verdugos.—Pero aquella alma indomable á la fatiga, á los padecimientos físicos y á los peligros, caída de tan alto, se estremecía bajo las humillaciones, y hay que perdonar estos primeros arranques de impaciencia al hombre, que habiendo visto quince años los reyes á sus plantas, ahora se hallaba sumido en sus hierros. Sus compañeros de desgracia cometieron la falta de excitar mas su enojo, al referirle el modo con que en Jarmes Town eran tratados. Vigilados en sus menores movimientos, seguidos á todas partes por un soldado, así sufrían molestias inaguantables, y vivamente se quejaron á su señor sin ventura, que se afligió mas de sus penas que de las propias. Napoleon, sin poderse ya contener mas tiempo, y repitiendo lo que á lord Keith habia dicho, clamó que el derecho de gentes y la humanidad se violaban en su persona; que no era prisionero de guerra, pues de propia voluntad se habia confiado á los ingleses, tras de hacer á su generosidad un llamamiento de que no eran dignos; que se hubiera po-

dido lanzar al ejército del Loira, y proseguir allí la guerra, y hacerla atroz, ó bien entregarse á su suegro el emperador Francisco, ó á su antiguo amigo el emperador Alejandro, que por la ley de la sangre ó la del honor se vieran obligados á guardarle contemplaciones; que sobre su persona los ingleses no tenían el derecho que se tiene sobre los prisioneros; que además este derecho cesaba con la guerra; y finalmente, que respecto de los prisioneros habia miramientos proporcionados á su categoría y á su estado, de los cuales no se prescindia nunca. Recordando ahora cómo habia procedido en otros tiempos con el emperador de Austria y con el rey de Prusia, á quienes pudo derribar del trono, con el emperador de Rusia, á quien pudo en Austerlitz coger prisionero, y á los cuales habia ahorrado la mayor parte de las consecuencias de sus desastres, Napoleon comparaba su conducta á la de ellos, olvidando en estas elocuentes lamentaciones la verdadera causa de tratamiento tan distinto, olvidando que cuando trataba tan bien á Alejandro, Federico Guillermo y Francisco II, no le inspiraban zozobra alguna, á la par que él vencido y todo metia miedo al mundo, y que de consiguiente á su genio y á lo que de este genio habia abusado años y años debia la extraña forma de cautiverio á que se hallaba reducido. Tras de este arrebató, que le habia servido de desahogo, se le oyó decir de repente:—Por lo demás á mi no me tocan las reclamaciones. Mi dignidad me impone silencio aun en medio de los tormentos; pero quejaos vosotros, á quienes tanta reserva no puede ser exigida. Vosotros teneis mujeres y teneis hijos, á quienes es inhumano tratar de ese modo,



que justifican todas las reclamaciones que hagais muy sobradamente.—

Se quejaron con efecto, y el almirante, que no tenía seco el corazón á semejanza del rostro, por su parte hizo cuanto estuvo á su alcance para que la residencia de James Town les fuera soportable. No aflojó un ápice de su vigilancia, porque le hacía temblar su responsabilidad enorme; pero previno á sus oficiales que guardaran las mayores contemplaciones, aunque sin renunciar nunca á la esencial precaucion de no perder de vista al principal de los prisioneros.

Al cabo de pocos dias la situacion mejoróse algun tanto. Sucesivamente establecióse en Briars una parte de los compañeros de Napoleón y se facilitaron sus relaciones. Les pudo sentar á su mesa, y volver á emprender con ellos á su trabajo, y en fin, ocupar aquel espíritu devorante, que le devoraba personalmente, cuando no le daba otro alimento. Así tornó á sus conversaciones, y probó á dar á pie algunos paseos, que sin ir detrás le dejaban llevar á cabo, en la persuasion de que á pie no se podría alejar mucho. Se dió á recorrer los vallecillos paralelos al de James Town y de cara al Norte. Segun ya hemos dicho, abrigados contra el viento del Sur y el sol eran frescos y umbrosos y remataban en vistas bastante pintorescas. Cierta dia que Napoleón anduvo hasta larga distancia, en el modesto albergue de un militar inglés, el mayor Hudson, entró á tomar descanso; allí mostróse afable y sencillo, y acogido fué respetuosamente, y salió muy conmovido de tan cordial recibimiento. Estando lejos de Briars se le prestaron caballos para el retorno; y así dió una larga carrera

á caballo, lo cual de muy atrás no le habia acontecido, y así al parecer solazóse bastante. Poco á poco habituóse al singular albergue donde se habia establecido, figurándose que dentro de poco tendria otro mas soportable, y vivió allí como en uno de los muchos vivaques donde habia pasado una parte de su vida tempestuosa.

Comerciante de condicion oscura, aunque de corazon excelente, el dueño de la casa donde Napoleón se habia establecido, se esmeraba en hacerle gozar de su jardin y de su sociedad modesta. Dos hijas tenia jóvenes, que hablaban algo el francés, y eran muy joviales, muy candorosas, y cantaban medianamente, si bien con todo el feliz humor de la edad florida. A ver iban al emperador caido, con la ignorancia propia de su edad y de su condicion le hacian preguntas, y luego tocaban aires italianos en un instrumento muy poco armonioso. Napoleón escuchaba y respondia sus preguntas sencillas con bondad extremada. Una de ellas habia encontrado en una novela histórica el nombre de Gaston de Foix, y tomando al héroe de Ravená por un general del imperio, le preguntaba si era muy valiente y si estaba ya difunto.—Si, respondia Napoleón con una paciencia del todo paternal, era valiente y ya ha muerto.—Estas niñas le movian á interés como los pájaros que revoloteaban por su jardin. Tales debian ser sus únicas distracciones. ¡Ya no habia de hallar, ni de buscar, ni de desear otras!

De este modo transcurrieron los meses de octubre y noviembre, con tranquilidad y á la par con tristeza, al modo que iban á transcurrir todos los años de este cautiverio sin ejemplar alguno. Por



esta época llegaron los primeros correos de Europa. Noticias recibieron los desterrados de sus familias, y les sirvieron de muy dulce consuelo. Solo Napoleón no las recibió de la suya, como que en dispersion, y en fuga, y en la necesidad de esconderse no se pudieron proporcionar medios de escribirle su madre, ni sus hermanos, ni sus hermanas; María Luisa no había pensado en enviarle á decir nada de su hijo. Para Napoleón en los periódicos iban las noticias interesantes. De Francia le hablaban con muchos pormenores, y así le confirmaron hondamente. Los Borbones, vueltos el año de 1814 tan dulcemente á Francia, esta vez retornaban con la ira en el corazón y una funesta ilusión en la mente, pues estaban creídos de que solo una vasta conspiración les expulsó el 20 de marzo, y de que á la par era justo y político imponerle castigo. Los periódicos anunciaban numerosos destierros, numerosas prisiones entre los hombres mas adictos á Napoleón y todos comprometidos por su causa. Ney, La Bedoyère, Drouot, Lavallette, estaban amenazados de persecuciones rigurosas y de ejecuciones sangrientas. Napoleón quedó muy afligido por la suerte que amenazaba á los tres postreros, á quienes amaba sinceramente, y respecto de Ney, á quien profesaba menos cariño, si bien admiraba su energía belicosa, por su desgracia experimentó compasión profunda. No ultrajado, sino afligido, se manifestó del sistema de defensa, que al parecer se adoptaba para el mariscal desventurado. Con aquella lógica poderosa, que brotaba de su entendimiento cuando discurría sobre un asunto, al golpe indicó el sistema de defensa de que se debía hacer uso, expresándose de

este modo:—Se engañan los que piensen ablandar á los jueces de Ney presentándole como enemigo, con recordar su conducta en Fontainebleau. Solo una manera hay de salvar á Ney, si hay alguna, y es la de hacer resaltar la fuerza toda de la verdad en su abono. Ney no ha conspirado, porque no ha conspirado nadie. A su salida de París quería detenerme. Lo quería en Lons-le-Saulnier todavía, y realizara su designio, si las tropas y el vecindario no le hicieran violencia. Pero al acercarse á mí, le arrastró como á los demás un movimiento de los ánimos tan general como irresistible, y cedió al cabo. Yo debo añadir que en tal coyuntura me escribió en términos muy honrosos, declarando que había procedido de tal suerte, no por mí, sino por el país, y ofreciendo retirarse si mi política no estaba de acuerdo con el voto universal. Al tiempo de nuestro encuentro en Auxerre, le atajé la palabra, estrechándole la mano, y diciéndole que fiara en mí, que mi política era la que deseaban todos los franceses, y que estaba dictada por el simple buen sentido. Aun en esta época se mantuvo absorto de todo; pero interiormente se hallaba agitado por el sentimiento de su falsa posición personal. De ello se resintió su conducta en los Cuatro Brazos, y particularmente en Waterloo. Nunca estuvo mas heroico ni mas irreflexivo, y contribuyendo á perdersenos, se ha perdido á sí propio. Pero ni los Borbones ni yo tenemos que echarle en cara, sino lo de haber sucumbido bajo la violencia de los sucesos. Así debe decir á sus jueces:—Yo no he hecho traición á nadie; me ví arrastrado, y para esta clase de delito, tan frecuente, tan excusable en las revoluciones, se ha hecho una ley, y es la capitula-



ción de París, capitulación sagrada á la que va unido el honor de los generales vencedores, el honor de sus soberanos, y esta capitulación pone los delitos políticos á cubierto de persecuciones.—Esto es lo que Ney debe decir, y á esto se debe reducir su defensa, porque es la verdad toda. O la capitulación de París carece de sentido, ó se aplica al delito de Ney por fuerza. Si se atiende á este método de defensa, que es el verdadero, sin duda vencerá á sus jueces, y si no los venciere acaso los deshonrará ante la historia, y morirá rodeado de las simpatías de todas las gentes honradas.—¡Ney, pobre Ney, exclamaba Napoleón, cuán funesta suerte te espera!—Prosiguiendo su asunto, y repitiendo que ni el mariscal Ney ni nadie había hecho traición el 20 de marzo, se expresaba en esta forma.—Todos cumplieron con sus deberes, así los gefes militares como los gefes civiles. Pero el ejército y la población de los campos arrastraron á todo el mundo.—Con este motivo, Napoleón citaba un hecho notable y digno de ser conservado por la historia.—Se ha acusado á Masena, decía, de haber hecho traición á los Borbones, y van á ver que no hay nada de eso. Cuando me encontré en París, ya restablecido sobre el trono imperial, era la ocasión de hacerse valer en mi presencia, y de ponderar lo que se había arriesgado en mi abono. Masena vino á París; yo le pregunté qué hubiera hecho, si en lugar de tomar el camino de Grenoble, me hubiese ocurrido tomar el de Marsella, donde ejercía el mando: no era adulator. Masena, y sin embargo le dejó parado mi pregunta, y como yo insistiera de nuevo, al cabo me dió esta respuesta: *Señor, hicisteis perfectamente en tomar el camino*

*de Grenoble...*—No todos mis mariscales se atrevieran á responderme tan francamente, pero á todos asistía igual derecho, menos á Davout, que no estaba en activo servicio, que había sido tratado indignamente, y así figuraba como el único libre en sus actos. De consiguiente nadie hizo traición á los Borbones, y si se vengan ahora, por debilidad es de su partido, y para encubrir las faltas de su conducta. Pero entreveo para ellos un porvenir poco seguro. Entregándose á las pasiones de los emigrados, cada día alejarán mas de sí á la Francia. No será mi hijo quien se aproveche primero; la casa de Orleans pasará por delante; pero después de esta casa podrá volver el turno de los Bonapartes.—Tras de estas frases de perspicacia tan profunda, Napoleón volvía á clamar contra la injusticia de las anunciadas persecuciones, y respecto de La Bedoyère, de Ney, de Drouot, de Lavallette, manifestaba una inquietud extremada. Sin embargo, se inclinaba á creer que la virtud de Drouot reconocida tan universalmente sería un escudo impenetrable; pero temblaba por La Bedoyère, por Ney, por Lavallette, y con impaciencia aguardaba noticias de estas víctimas, que desgraciadamente eran suyas, no menos que de los Borbones.

Aun cuando en Briars se había llegado á formar un establecimiento casi soportable, Napoleón se encontraba allí tan estrecho, y sobre todo veía tan maltratados á sus amigos, que por trasladarse á Longwood se manifestó muy impaciente. El almirante, á quien llamaba su *tiburón*, si bien por su corazón le estimaba mucho, nada había omitido por acelerar las obras de su nueva residencia. Allí había empleado á los operarios de la ciudad y de



la escuadrilla, y con madera, y telas embreadas, y materiales de todas clases, al cabo logró construir un espacioso piso bajo, donde Napoleon se podía hospedar con sus compañeros de destierro. Cuando el alojamiento estuvo habitable, el almirante propuso á Napoleon trasladarse á su recinto, invitacion que fué aceptada inmediatamente.

A Briars dejó el 10 de diciembre, se despidió de la familia que le habia recibido con tanto agasajo, la dejó señales de una munificencia que no habian mermado sus escaseces actuales, y partió á caballo, teniendo á un lado al almirante, y al gran mariscal Bertrand al otro. Como siempre vestia el uniforme de la Guardia, y ahora montaba un caballo del Cabo, de gran viveza, manso y dócil por extremo. No le desagraló la travesía, y al llegar á Longwood encontró sobre las armas al regimiento 3.º de los ingleses, que acampaba en las inmediaciones. El almirante le presentó los oficiales del regimiento, y de seguida le condujo á los aposentos que le estaban destinados. De construccion eran muy ligera, y se hallaban recubiertos de lona embreada y amueblados muy modestamente. Napoleon no desaprobó cosa alguna. Allí habia algunas piezas para dormir, para trabajar, para recibir á sus amigos, que se podian hospedar en torno suyo. A nada más se extendian sus deseos. Gracias dió al almirante, y se estableció en su nueva morada, que debia ser la postrera. Su lecho de campaña hizo tender en un cuarto, y colocar sus libros en otro, y colgar á su vista el retrato de su hijo y de algunos individuos de su familia. Una sala de recibir y un comedor para todos habia detrás de estos dos cuartos. Mr. de las Cases y su hijo, Mr. de Mon-

tholon y su esposa, y el general Gourgaud ocupaban la otra ala del edificio. El gran mariscal Bertrand, hombre de humor solitario, y su mujer, dama generosa, si bien no se acomodaba á la sujecion de la vida comun, para su familia pidieron una habitacion separada. Se les habilitó una á la entrada de la planicie de Longwood, y así eran vecinos de Napoleon, mas no comensales. Esta casa denominábase *Hut's Gatte*.

Tomadas estas disposiciones, Napoleon comenzó su nuevo género de vida, aspirando á resignarse á ella. Como en la guerra habia contraido el habito de velar parte de la noche, su sueño era irregular y poco seguido. Se despertaba á menudo, se levantaba para leer ó trabajar, se volvía á acostar mas tarde, y si no podia conciliar el sueño, desde el amanecer montaba á caballo, cuando empezaba á calentarse el sol se le veia de vuelta, despues de almorzar solo, ó dictaba ó tomaba algun descanso, y así mataba el tiempo hasta las tres ó las cuatro de la tarde, á cuya hora recibia á sus compañeros de desgracia, luego paseaba en carruaje con ellos, y sus mujeres y sus hijos, al anocheecer comian juntos, y pasaba las noches en su compañía, ora leyendo algunos excelentes libros, ora platicando de lo pasado, y cantivándoles con las relaciones de su vida. Se esforzaba por alargar la velada, porque cuanto mas tarde se acostaba mayor esperanza tenia de conciliar el sueño. — *¡Qué conquista sobre el tiempo!* — Se le oia exclamar cuando lograba llegar á las once ó las doce de la noche de este modo.

Aquí lo mismo que en Briars la dificultad principal de sus relaciones con las autoridades britá-



nicas debía consistir en la vigilancia ejercida sobre su persona. Acampado el regimiento 53.º como á una legua de Longwood no ocasionaba molestia, y las centinelas de día no estaban donde pudieran ser vistas. Napoleon no las divisaba nunca, sino cuando iba á distancias que no podía trasponer á pie muy fácilmente. Si montaba á caballo, y se alejaba algunas millas, un oficial había de ir detrás aunque bastante desviado para no perturbar sus íntimas expansiones. Habiendo Napoleon manifestado extremada repugnancia á montar á caballo, si había de ser seguido como hasta entonces, no queriéndole privar el almirante de este ejercicio, en torno de la planicie de Longwood hizo que se trazara un circuito con límites de tres ó cuatro leguas, dentro de cuyo recinto podía circular libremente. A mayor distancia un oficial á caballo no le debía perder de vista.

A las nueve de la noche se aproximaban á la habitación las centinelas, y la envolvían de tal modo que por entre ellas no pudiera pasar ningún hombre. Un oficial de servicio dentro de Longwood había de ver á Napoleon una y aun dos veces al día, á tenor de la instrucción de lord Bathurst, á fin de tener la certidumbre física de su presencia en Santa Elena. Sobre las puntas salientes de la isla se habían montado telégrafos, para transmitir á Plantation House, residencia del gobernador, cuanto acontecía en Longwood de importante, y especialmente la desaparición del ilustre cautivo, si por un momento se le dejaba de tener delante de los ojos. Un vigía situado en lo alto del pico de Diana, desde donde hacía el mar se extendía la vista á doce leguas, debía señalar á James Town la

aproximación de todo buque así que fuera distinguido, y un bergantín de guerra debía salir para escoltar al buque señalado, y conducirlo al puerto, é impedir que desembarcara hombre ni cosa sin inspección previa. De cualquier región que procediesen los buques no se debían comunicar con tierra, ni entregar cartas ó paquetes para los moradores de Longwood sino por conducto del gobernador de la isla. Al tiempo de su partida sin licencia del mismo y sin sufrir una visita rigurosa, no podían embarcar á nadie. Reglamentos peculiares á los habitantes los vedaban que se comunicasen con Longwood á no ser con permiso de la autoridad competente, y les advertían de que toda cooperación á un proyecto de evasión sería considerada como caso de traición y de que á proposición sería el castigo.

Estos reglamentos hijos de una extremada zozobra y fundados en las instrucciones de lord Bathurst, desazonaron fuertemente á Napoleon, á quien toda apariencia de cautiverio ofendía tanto como el cautiverio mismo. Ya tibio respecto del almirante á causa de las precauciones tomadas en Briars, se enfrió más todavía, y ya no quiso tratar ningún punto de los que le interesaban personalmente, por no estar seguro del todo de contenerse en una discusión de esta clase. A Mrs. Bertrand, las Cases, Gourgaud, y Montholon confió tal cuidado. Agriados por la desgracia, estos señores no tenían en la boca más que un raciocinio sin valor para el almirante, á saber, que Napoleon se había entregado de voluntad propia á los ingleses; que no se le había podido hacer prisionero de guerra, y que por otra parte, ya restablecida la



paz, no hay prisioneros de tal especie; á todo lo cual respondiera el almirante, á ser de su incumbencia, que se habia hecho necesario adoptar precauciones extraordinarias como era extraordinario el hombre á quien se aplicaban de lleno, por exigir las así la seguridad general de Europa. Mas no era legista, ni razonador, sino militar, dotado de gran corazon y tambien de rigidez suma en el cumplimiento de sus deberes. Se le habian dado órdenes y las ejecutaba puntualmente. Estas órdenes le prescribian ante todo asegurar la guarda del prisionero, á quien se consideraba como depósito comun é interesante al reposo del mundo; y temblaba solo ante la idea de que este prisionero pudiese lograr escape. Una vez asegurada de una manera infalible su custodia, no le ocurría añadir ningun error inútil, y si erraba á veces, de fijo era sin asomos de intencion de hacer sentir su autoridad, flaqueza de agente subalterno que no le aquejaba en grado alguno. Sin duda se pudiera dejar á Napoleon por cárcel la isla toda, pues con cerciorarse de su presencia en Longwood, dos veces al día, siempre se contaba con la certidumbre de saber su desaparicion á tiempo; y en isla tan pequeña, tan rodeada de buques, y tan inabordable fuera del punto de James Town, absolutamente imposible se hacia que el prisionero no fuese cogido de nuevo antes de conseguir su embarque. No obstante, la precaucion de no perderle de vista era más segura, así el almirante no se quiso apartar de ella, aunque cuidando en la práctica de hacer soportables las molestias originadas de resultas. Nunca se mostraba el oficial de servicio, y vivía en Longwood con los mismos desterrados y conten-

tándose con ver á Napoleon en su paseo, ó en su tránsito de una habitacion á otra. Al salir Napoleon de su morada, no tenía encargo de ir detrás en ateniéndose á los límites prescritos, y solo si habia de pasar más lejos, se hallaba en la obligacion de montar á caballo. En tal caso manteníase á distancia, y á veces perdía á Napoleon de vista, cuando, á impulsos de su curiosidad y de su audacia de costumbre, se metía por caminos impracticables. A menudo atascóse de resultas en pantanos, sin poder seguir á su prisionero, y sin proferir queja ninguna. Respecto de la comunicacion con los habitantes, vedada al principio, se toleró luego, y así los desterrados para sus necesidades pudieron tratar con los vecinos de James Town bastante libremente. En cuanto á los visitantes sabian quién iba y quién venia á punto fijo, el almirante permitía su introduccion sin estorbo, con tal que se dirigieran al gran mariscal Bertrand que de su señor tomaba las órdenes para las recepciones de Longwood como antes en las Tullerías. Así Napoleon no tenía las apariencias de un detenido, en cuya prision no se puede entrar sin permiso de sus carceleros.

A pesar de estas incomodidades, Napoleon no tomó aversion en los primeros tiempos á la residencia, donde estaba destinado á pasar la vida y hallar la muerte. Su salud habia sido cabal hasta entonces: aún los inconvenientes del clima y los especiales de la planicie de Longwood no se habian hecho sentir á su organizacion superior á los padecimientos físicos en la accion, á la par que delicada y muy impresionable en el reposo. Enero del año de 1816 corría ahora, esto es, la buena



estacion de aquel hemisferio: nuevos eran los tormentos del fastidio. Napoleon padecia de resultas de la inmensidad de su caida y de la pérdida de toda esperanza, pero aún no experimentaba disgusto y horror hacia su vivienda. Unas veces se paseaba á pié y otras á caballo, á menudo hacia largas excursiones, y entablaba conversacion con los escasísimos habitantes, particularmente con un negro viejo, que cultivaba un reducido campo cerca de su morada con una pobre viuda, madre de dos hijas, que le solian regalar flores. Se complacia en hacer bien al uno y á las otras. Hacia el campamento del regimiento 53.º se encaminaba en ocasiones, y allí era acogido perfectamente, y recibido como soldado por soldados. Luego, segun ya hemos dicho, se volvia á su mansion y se aplicaba al trabajo, y dictaba á Mr. de las Cases las campañas de Italia, al gran mariscal Bertrand la campaña de Egipto, al general Gourgand la campaña de 1815; á la caida de la tarde salia con las señoras de Montholon en carruaje, y retornaba á comer ya anochecido, y pasaba las veladas platicando sobre una porcion de asuntos diversos, ó haciendo buenas lecturas en familia. Le encantaban los grandes escritores franceses y en leerlos gozaba el inmenso deleite de un espíritu delicado y de muy buen gusto.

Sin embargo, no podia transcurrir largo tiempo, sin que se mostrara sensible á los inconvenientes de esta morada, tanto para su persona como para sus compañeros de desventura. Despues de recorrer veinte ó treinta veces el circuito de la planicie de Longwood por completo, le pareció triste y monótona al cabo, y la compañía del ofi-

cial inglés se le hizo odiosa, al probar á ir mas lejos. Dejar á este oficial á gran distancia y melido en difíciles pasos, se le figuraba poco obsequioso: sufrirle detrás de continuo se le hacia ya insostenible. Con todo, á veces traspasó los límites de su planicie, y se fué á penetrar en los opuestos valles, los del Norte, donde estaba situado el pabellon de Briars, y donde se levantaba Plantation House de igual manera. Comparando estos valles frescos y umbrosos á su planicie, desnuda de todo abrigo contra el sol y el viento, no pudo menos de echar de ver que, para custodiarle mas seguramente, se le habia colocado en situacion muy desagradable á la par que malsana. Sus compañeros de destierro decian que se le queria matar á toda costa. Menos exagerado en su lenguaje, por su parte decia que, para asegurarse de su persona, no se habia titubeado en sujetarle á martirio. Con efecto las facilidades ofrecidas para la vigilancia por esta planicie de Longwood, al descubierto por todas partes, y ceñida á la parte del mar por costas perpendiculares, para su mansion eran incomodidades insufribles. O se hallaba cargada de las nubes del Atlántico atraídas alrededor del pico de Diana, ó trabajada sin el menor abrigo por los vientos del Cabo, hasta el extremo de que, sin embargo de la cálida humedad del clima, ni aun siquiera brotaba allí la yerba. Un bosque de árboles endeblés y de ruin follaje era el único amparo contra el sol; siempre que sobre aquel desierto no caian á plomo sus rayos, se empapaban los vestidos en humedad muy desagradable. Por el contrario, cuando el sol pesaba encima, sus candentes rayos penetraban por entre la embreada lona, que



formaba los techos de la vivienda de Longwood. Además allí no había agua, y menester era que criados chinos la fuesen á buscar á los valles del opuesto lado, de donde no llegaba ni pura, ni fresca. A todos los inconvenientes de esta morada se añadían los de una isla pobre, muy poco frecuentada, donde eran caros y de mala calidad los alimentos, cosa que á la sobriedad de Napoleón importaba poco, si bien le afligía por sus compañeros de destierro, que habían llevado consigo á sus mujeres y á sus hijos, acostumbrados á todas las delicadezas del lujo europeo.—No es este asunto de risa, dijo á sus amigos una noche, y añadió al ver una mesa mal servida y paredes casi desnudas, *aquí no tendremos de más sino el tiempo.*—

Observando á sus compañeros de desgracia con la sagacidad de costumbre, en ellos notaba ya los primeros síntomas de la enfermedad moral del destierro, y lo podía echar de ver en cierta acritud involuntaria de unos respecto de otros. Punto menos que en París se disputaban sus preferencias en Santa Elena, y el general Gourgaud susceptible, celoso, irritable, no sabía disimular su despecho, al ver del todo admitido en la intimidad de Napoleón á Mr. de las Cases. También resaltaban ciertos rasgos de envidia en las dos familias de Bertrand y Montholon establecidas en Hut's Gate la una y en Longwood la otra. De esta suerte las miserias de las cortes no acababan ni cuando se derrumba el trono! Pero hay que perdonar y hasta que tributar alabanza á las rivalidades, disputándose las preferencias del genio hundido en el abismo. ¡Cuántas familias colmadas por Napoleón de mercedes, se entregaban ahora de continuo á las rivalidades, no ciertamen-

te en Longwood, sino en el palacio de las Tuilerías!

Napoleón reconocía en estas nacientes acritudes el triste efecto de la desgracia, y así temía sus resultas por el porvenir de esta colonia naufraga y lanzada á una espantosa roca. Se tomaba el trabajo de consolar tales celos con lisongeros testimonios, de apaciguarlos con juiciosos discursos, y disimulaba su hastío propio, y aspiraba á distraer el ageno, prometiendo á todos un porvenir mejor, y que distaba mucho de esperar realmente.

Al cuarto mes del año de 1816 se había llegado de este modo, principio de la buena estación en Europa y de la estación mala en la isla de Santa Elena, cuando el 5 de abril se supo la llegada del nuevo gobernador en un buque procedente de Inglaterra, porque la comisión del almirante Coekburn jamás tuvo otro carácter que el de interina.

Este gobernador era el general Hudson Lowe á quien ha valido una funesta celebridad su comisión en la isla de Santa Elena. Sir Hudson Lowe pertenecía al número de esos oficiales, medio militares, medio diplomáticos, de quienes se sirven los gobiernos en las ocasiones en que se necesita mas de maña que de talento para la guerra. Efectivamente á su cargo tuvo diversas comisiones de que salió airoso, particularmente en el campo ó en el cuartel general de los aliados contrajo todas las pasiones enemigas de Francia, y aun cuando no fuese tan malo ni con mucho como lo podía dar á temer su catadura, su carácter nada tenía de benévolo, ni su humor de atractivo. Habiéndole cerrado la paz los senderos de los ascen-



tos militares, con la esperanza de ser bien galardonado admitió una comisión penosa y llena de responsabilidad enorme, así ante su propio gobierno como ante la historia. En esta última responsabilidad no pensaba ni remotamente, pues no preveía su gravedad por entonces, y le desvelaba solo la atención de no incurrir en el cargo hecho al almirante Cockburn de haber cedido al ascendiente del prisionero de Santa Elena. Sin propósito de figurar como un tirano, sir Hudson Lowe tenía especial empeño en patentizar que era de temple muy sobrado para resistir á toda clase de ascendiente. Esta disposición de ánimo le debía exponer á mas de un choque con el carácter poderoso y actualmente irritado, que tenía encargo de contener aunque sin impulsarle hasta la desesperación de ningún modo.

Apenas llegado á la isla de Santa Elena, al almirante Cockburn pidió que le condujera á Longwood y le presentara al ilustre cautivo. Por sí mismo habia cooperado el almirante á que se solicitara la aquiescencia de Napoleón para presentarse á su persona, y por conducto del gran mariscal Bertrand se hacia siempre. Ahora el almirante faltó á esta conveniencia, trasladándose á Longwood en union de sir Hudson Lowe, sin previo aviso. Napoleón hizo responder que se hallaba indispuerto, y no podia recibir á nadie. Entonces sir Hudson Lowe pidió que se le señalara día para presentarse á su persona, y designóse el día siguiente. Con efecto, sir Hudson Lowe dirigióse á Longwood en compañía del almirante. Allí fué recibido por el gran mariscal Bertrand y por el general Gourgaud, é introducido á presencia del

emperador caído. A la sazón tuvo lugar un incidente desagradable, pues cuando al nuevo gobernador se dió paso, entretenido en conversacion se hallaba el almirante, y cuando lo echó de ver ya los criados habian cerrado la puerta. Creyendo que solamente al gobernador debia ser franqueada, no osaron abrirla al almirante, y éste vivamente ofendido montó de seguida á caballo, y tornóse á James Town con sus ayudantes.

Esta primera entrevista de Napoleón y de sir Hudson Lowe se resintió de ceremoniosa y fria por extremo. Napoleón estaba mal dispuesto á causa del modo con que el nuevo gobernador se habia presentado el día antes, y éste no se daba por halagado con que su recepcion se hubiese diferido para el día siguiente. Así nada se prestaba á que su primer encuentro tuviese visos de amistoso. Al golpe comprendió Napoleón la indole de este personaje, notando que tenia en su presencia á uno de los espíritus extremados de la coaliccion europea, y su aspecto le indujo á exagerar todavía mas semejante juicio. Despues de un recibimiento cortés, aunque reservado, sin dignarse pedir que fueran suprimidas, Napoleón se quejó brevemente á sir Hudson Lowe de las incomodidades á que se le tenia sujeto, é insinuó que aguardaba á experimentar los procederes del nuevo gobernador, para saber si debia ó no felicitarle de su llegada á Santa Elena. Sir Hudson Lowe protestó de su deseo de conciliar las obligaciones difíciles de su cargo y el bienestar de los desterrados, aunque sin expresar mucho calor en sus protestas; y retiróse despues de una entrevista de duracion bastante corta.

Apenas habia partido sir Hudson Lowe, á sus



compañeros de destierro dijo Napoleon que jamás había visto semejante facha de esbirro italiano. — *De menos echaremos á nuestro tiburón,* añadió de seguida. — Entonces se le refirió el desagradable incidente ocurrido, y de cuyas resultas el almirante Cockburn se volvió á James Town á caballo, y despues de una sonrisa pasajera, se sintió poseído de verdadero desagrado, por conocer el carácter sensible y altivo del almirante. Sin embargo, éste, aunque ofendido, incapaz era de pensar en venganzas. Del gobernador se debía temer el mayor daño. Mal pagado de la acogida de que fué objeto, hombre era muy cortado para hacer sentir una autoridad, que al parecer se había tenido en tan poco. Así, apenas establecido en Plantation House, se propuso aplicar tanto los reglamentos del almirante como los que pretendia sacar de las instrucciones de lord Bathurst de la manera mas estricta. Napoleon se había quejado de tener centinelas debajo de su ventana á la caída de la tarde, y de verse obligado á girar fastidiosamente dentro del mismo círculo, ó á ser seguido por un oficial inglés, siempre que montaba á caballo. Sir Hudson Lowe respondió que estos reglamentos, conocidos y formalmente aprobados por lord Bathurst, se debían ejecutar al pie de la letra. Al mismo tiempo renovó al oficial de servicio la orden de no dejar que pasara día sin ver al prisionero con sus propios ojos.

Este rigor llevó hasta el extremo de hacer que fuesen ejecutadas ciertas prescripciones, que el almirante había dejado caer de cierto modo en desuso. Así, aunque sin permiso del gobernador nadie se debía comunicar con los habitantes de Long-

wood, segun los reglamentos ministeriales, el almirante había tolerado que mediante un simple permiso del gran mariscal se lograra acceso á su persona. Librementemente habían andado por donde quiera los criados, que iban y venían por necesidades materiales del todo. De vuelta de las Indias, algunos ingleses de nota, conocidos del almirante, y que de consiguiente no podían infundir la mas remota desconfianza, sin mas que solicitarlo del gran mariscal Bertrand, se habían dirigido á Longwood, donde les había recibido Napoleon con agrado y consiguiendo distraerse algunos instantes. Ningun inconveniente había en que prosiguiera semejante estado de cosas. Pero sir Hudson Lowe exigió que en lo sucesivo ninguna comunicacion tuviera lugar sin licencia suya, y que toda carta procedente de Longwood ó allí dirigida pasara por su conducto. Para disminuir las ocasiones de escribir hasta designó un proveedor especial á la colonia de Longwood, eligiendo al dueño del pabellon de Briars, donde Napoleon había pasado algunas semanas.

Estos rigores nuevos é inesperados de todo punto, singularmente irritaron á los desterrados. Habiendo ido sir Hudson Lowe á hacer una segunda visita, Napoleon recibióle aun con mayor frialdad que la vez primera, y le remitió al gran mariscal Bertrand con el fin de que se explicase acerca de la ejecucion de los reglamentos. El gran mariscal reclamó contra las nuevas molestias y contra las antiguas, lo hizo con vehemencia suma, á lo que sir Hudson Lowe halló tenáz por extremo, y le declaró sin ambages que, si persistia en sus intenciones, Napoleon no saldria de su vivienda, y que